



Obra poética

de

*Mariano Martínez Marcos
(Barbillo)*

Cuadernos de Peñafiel N° - 17

Unas palabras...

Hace un tiempo M^a Cruz Martínez, hija del autor de este librito, nos facilitó la obra poética de su padre para su conservación y darla a conocer.

Hoy publicamos este número 17 de “Los cuadernos de Peñafiel”, sus poemas, que a muchos les harán recordar su figura y su persona, así como, su fina ironía cuando conversabas con él. Muchos de los temas que aparecen en sus versos siguen vigentes en la actualidad.

Mariano Martínez, “*Barbillo*”, que fue el apodo con el que le conocía todo el pueblo, nació el 12 de septiembre de 1926; fue un hombre que desde pequeño, le tocó vivir la precariedad de la posguerra y la inseguridad de los trabajos temporales, que sufrían, los que casi sin acabar la escuela, tenían que buscarse una tarea para ayudar al escaso presupuesto familiar. En sus poemas y ripios, de una forma llana y sencilla, nos describe con su propio lenguaje, a veces llano, a veces escatológico y siempre barnizado de ironía, escenas y recuerdos de su vida y una loa o una crítica veraz de lo bueno y lo malo de su pueblo: Peñafiel.

Él sentía la necesidad de expresar sus sentimientos y los transcribía en una hoja de papel. Por otra parte, tenía un gran sentido de la observación y lo manifestaba de una manera humorística e irónica, en cualquier conversación, o cuando comentaba cualquier tema de actualidad.

Podíamos decir de él, que era un filósofo de lo cotidiano.

Murió el 22 de mayo de 2004, a los 76 años de edad.

Nadie mejor que él mismo para hacer la introducción a su obra que en las páginas siguientes, en lo que titula: **Vivencias y recuerdos.**

Jesús Tejero Esteban

Vivencias y recuerdos

Nací el 12 de septiembre del año 1926 en una familia bien acomodada, porque se acomodaban bien a todo. Fuimos siete hermanos, yo conocí a cuatro y fallecieron tres, implados a sopas de ajo, “zaraballos” de pan, muy poco aseo y mucho frío.

Remedios y boticas; para “rilar”: aceite de ricino y para el frío a sudar, cataplasmas de mostaza y ventosas que te subían colgado del vaso y te dejaban el pecho como una la muleta de un torero.

Voy a hablaros de la casa donde nací y me crie, era en plaza del Coso.

Tenía dos pisos y treinta y dos escalones hasta el desván. En la planta baja estaba el portal, un cuarto, el corral y la cuadra. En la primera planta una habitación y la cocina, que daba al sur. En la segunda planta las habitaciones daban al norte, ósea a la plaza de toros. Había seis balcones, tres arriba y tres abajo, las ventanas de esos balcones se abrían en forma de baúl, o sea hacia arriba con un palo, pero como eran muy viejas, las tablas no ajustaban y desde la cama veíamos parte del coso, así es que en invierno esas habitaciones eran dos neveras.

Como carecíamos de ropa, nos echábamos encima de la cama toda la ropa mantones y toquillas. En la cocina, colgaba mi madre las morcillas en el techo, que era de madera, y que estaba tan negro que casi no distinguíamos las morcillas. La puerta de la cocina era muy vieja estaba algo rota y entraba mucho frío, así que con unos clavillos folleros clavábamos unos cartones, poníamos unos trapos y así cortábamos algo el frío. En la cocina teníamos el palanganero, la toalla y en la pared un espejo del tamaño de un sobre corriente; Allí te lavabas, té afeitabas, te peinabas, no se conocía el cuarto de baño.

El alumbrado eran dos bombillas. Una en el primer piso, que daba muy poca luz y alumbraba, una habitación, dos alcobas, y un pasillo. En el segundo piso una bombilla para la cocina, la habitación y otro pasillo. Estábamos tan habituados a esa luz que nos brillaban los ojos como a los gatos.

El aseo no se conocía, había pocos cuartos y de baños menos, vertíamos los excrementos, en el “baño” u orinal. Los ricos y poderosos evacuaban en un bacín

que tenía la altura de Ceferino y una vez lleno algún criado o lacayo le bajaba a verter al río Duratón

Yo tenía el corral con mucha basura, con gallinas y conejos, allí evacuaba

Al corral vertía un caño directamente del fregadero y alguna vez después de fregar, soltaban el caño con el agua y te pillaba en una posición un tanto incomoda.

El corral de mi casa servía de comedor, bajábamos a comer al sol entre gallinas, conejos, basura y ese olor que se aspiraba. Si alguna vez se nos caía el pan a la basura era como si cayese en mármol, se soplabo un poco y tan rico.

No podíamos comer muchas cosas, por ejemplo, carnes, marisco, dulces etc, Tampoco conocíamos, aunque se hablaba de ello, el lechazo, el jamón, la leche, el chocolate, los pasteles. Yo tarde en comer esos alimentos unos veinticinco años. Lo que más comíamos era pan, patatas y sopas de ajo.

Y bebidas. Eso sí, agua, toda la que quisieras.

La calefacción en mi casa consistía en una chapa que teníamos en la cocina, la lumbre de abajo, que se sentaban alrededor mis padres y mi hermana que para eso era la niña de la casa, y nosotros detrás de ellos asomando un poco la cabeza , como que nos íbamos a sacar una foto

Por lo demás, en las otras estancias todo era frio. En invierno nos metíamos un ladrillo caliente en la cama, y algunas veces pasaba mi madre el brasero.; la verdad de lo único que no escaseábamos era de frio.

No teníamos radio, lo que si teníamos era mucho frio, muchos piojos, muchas chinches, mucha mierda y mucha hambre.

El vestir, era muy cómodo, siendo yo pequeño me ponían el pelele, que era una especie de mono con una abertura en la parte trasera, así que cuando te agachabas quedaban la intemperie todos los atributos.

Yo lo use siendo bastante mayor, hasta que una vecina la dijo a mi madre ¿pero cuando vas a cubrir al niño esas vergüenzas?

No se utilizaba moquero, se usaban las manos y las mangas de la camisa o chaqueta, que brillaban como los galones de un sargento.

Cuando tome la primera comunión, me vistieron con un pantalón corto, una blusa que me hicieron de una camisa de padre, unos calcetines de sport, que ya tenían echadas unas soletas y unas zapatillas de suela de goma, que ya se me salían los dedos de los pies. Hice la primera comunión yo solo, así es que fui el mejor vestido.

Yo nunca tuve juguetes, tenía un caballo que era un palo con una cuerda, montaba en el palo y el que hacía de caballo era yo. También tenía una caja de cartón que me hacía las veces de camión y carro. Tenía un aro; del culo de una herrada, con su guía, que me servía para hacer los recados que me mandaba mi madre con más rapidez .

Tenía varios hiques porque en mi casa había mucha leña.

Antes de salir del colegio con doce años, me compraron un par de albarcas, marca Pirelli que me duraron hasta que entre en quinta, porque me creció el pie y se me quedaron pequeñas.

Mariano Martínez Marcos

